

pensador quien consintió en llevarla a su espalda ante los ojos de su discípulo. El éxito de la historieta fue enorme y pronto los artistas la llevaron a la escultura, pudiendo encontrarla en misericordias de las sillerías de las catedrales de Toledo, Plasencia y Zamora y en esculturas de los claustros de las de León y Oviedo y de algunos sepulcros como el del doctor Grado en la capilla de San Juan de la catedral de Zamora (Redondo, 1987: 204-205) y el del infante don Alfonso de la Cartuja de Miraflores (Teijeira, 1997: 35-43); los resultados artísticos de dichas representaciones son muy desiguales, resultando la de la sillería de Zamora la de más pobre realización, en la que “Aristóteles yace con el cuerpo rígidamente extendido, como un madero, y la hermosa cortesana por cuyos favores ha accedido a someterse a tan sorprendente indignidad resulta ser una fea arpía similar a esas gruñonas esposas que aparecen con frecuencia en las tallas de espíritu misógino azotando a sus acobardados esposos” (Kraus, 1984: 79). También en un capitel de principios del siglo XVI de la iglesia de San Pedro de Caen (Normandía), se representó la escena.

Esta escenificación planteaba claramente el fin con el que se inventó la historia, que no era otro que ridiculizar al filósofo que por entonces estaba de moda en las escuelas y moralizar con la enseñanza de que hasta el más grande de los pensadores puede ser víctima de las artimañas de una mujer encantadora y perversa, dejándose llevar de Amor en contra de Razón.

Pensé, con muchas dudas desde luego, porque era posible que se tratase de una simple riña, que también en San Miguel se esculpió este tema (foto 9), aunque, desde luego, con una inusual iconografía. Más que la ausencia de bridas y de látigo –elementos habituales en esta composición–, era la resistencia del filósofo, alejada del consentimiento que se le atribuye en la historieta y al que son fieles las representaciones que conozco sobre este asunto, la que me hizo dudar de la identificación del tema, incluso sabiendo que la iconografía profana solía quedar totalmente en manos de los artistas y que éstos elegían los temas entre las alternativas representativas que dicho tema les ofrecía y las posibilidades de introducir variantes que lo hicieran más sugestivo y novedoso; no obstante, la escena difería mucho de lo usual.

Hoy no tengo dudas al considerar que la escena en cuestión no se refiere al episodio de Aristóteles y Campaspe.

El enfrentamiento representado no puede incluirse ni el mundo del espectáculo ni en el de la confrontación deportiva, en cuyos ámbitos la lucha era una actividad muy practicada durante la época medieval.